

# **Ser cristiano: un camino de vida, no una etiqueta.**

## **Retiro 2003**

Casa L'Immaculada, Tiana, 23-25 de Mayo 2003

Predicador: Mn Josep Casanova

Tabla de Contenido

<b>1 Avivar los deseos de contemplar a Dios .....</b>	<b>2</b>
<b>2 El Espíritu Santo.....</b>	<b>4</b>
<b>3 La Iglesia vive de la Eucaristía.....</b>	<b>9</b>
<b>4 La Virgen María.....</b>	<b>18</b>
<b>5 La Fe .....</b>	<b>23</b>
<b>6 La Esperanza cristiana .....</b>	<b>28</b>

# 1 Avivar los deseos de contemplar a Dios

(Viernes 23-may-03)

Deseo de contemplar a Dios.

Hemos de avivar el fuego de los deseos. Dice San Juan de la Cruz:

*Coplas hechas sobre un éxtasis de harta contemplación.*

*Entréme donde no supe:  
y quedéme no sabiendo,  
toda ciencia trascendiendo.*

1. Yo no supe dónde estaba,  
pero, cuando allí me vi,  
sin saber dónde me estaba,  
grandes cosas entendí;  
no diré lo que sentí,  
que me quedé no sabiendo,  
*toda ciencia trascendiendo.*

2. De paz y de piedad  
era la ciencia perfecta,  
en profunda soledad  
entendida, vía recta;  
era cosa tan secreta,  
que me quedé balbuciendo,  
*toda ciencia trascendiendo.*

Entrar y quedarnos. Quizá sin saber dónde entramos. Quizá no sepamos explicarlo.

En Jn 21, 16

Le dice el Señor a Pedro:

<sup>16</sup> *Vuelve a decirle por segunda vez: «Simón de Juan, ¿me amas?» Le dice él: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero.» Le dice Jesús: «Apacienta mis ovejas.»* <sup>17</sup> *Le dice por tercera vez: «Simón de Juan, ¿me quieres?» Se entristeció Pedro de que le preguntase por tercera vez: «¿Me quieres?» y le dijo: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero.» Le dice Jesús: «Apacienta mis ovejas.»*

Hay que volver a los orígenes, al fervor de la primera caridad. Más deseo de tomar conciencia de que soy contemplado. He de dejarme centrar por Él en Él.

San Anselmo:

*Y entonces ¿por qué andas ansioso, hombrecillo, buscando por doquiera los bienes del cuerpo y del alma? Ama el verdadero bien, en el cual están todos los bienes, y basta. Desea el bien absoluto, que es el bien total, y basta. Porque ¿qué es lo que amas, cuerpo mío, alma mía? Ahí está, sí; ahí está lo que amáis, lo que deseáis."*

Él me ha amado primero: por eso puedo responder.

Actitud contemplativa: que significa ejercitar la fe. Ejercitar la fe para darme cuenta de que Él me ha amado primero. Que me ama por su misericordia, y no por mis méritos. Yo en todo caso, como Pedro, ¡le habré negado tantas veces!

Ejercitar la fe para que vaya llenando mi vida. Toda mi vida.

Y una esperanza ilimitada en que vaya convirtiéndome a Él. La esperanza de que me va a salvar nunca nos defraudará.

Y significa el ejercicio de la caridad; amor saca amor.

La noche es tiempo de Salvación. Dios ha visto la noche como tiempo de salvación; el Señor se revela de noche a los profetas: a Samuel,... de noche el día de Navidad; de noche a los ángeles, a los reyes, a los pastores...

### **Espíritu y clima**

En Lc 8, 9

Los discípulos no habían captado bien sus enseñanzas y le ruegan que les explique el sentido de las parábolas.

*<sup>9</sup> Le preguntaban sus discípulos qué significaba esta parábola, <sup>10</sup> y él dijo: «A vosotros se os ha dado el conocer los misterios del Reino de Dios;*

Es decir, es un don.

Conocer (en la Biblia) es un conocimiento unitivo.

Hoy Jesús nos dice lo mismo. El conocimiento del Reino de Dios es un don.

Estamos llamados a ser apóstoles **conociendo** de forma profunda los misterios del Reino de Dios. Esto no es fruto de nuestro esfuerzo. Es algo que nos es dado. Somos incapaces por nosotros mismos de conocer (o crear, o inventar) estos misterios.

Pero como es un don... ..necesita ser acogido. Como todo regalo.

Nuestra vida ha de ser una acogida continua. Hemos de tener nuestro corazón desplegado hacia Dios. En la dirección de Dios. No se trata de replegarse en uno mismo, sino de desplegarse: Desplegarse hacia Dios con la máxima distensión. No puños, voluntarismo, sino receptividad absoluta en presencia de Dios.

Y cuando Jesús dice 'a vosotros', no está hablando al montón. Se refiere a cada uno en particular. Con nombre y apellidos. Me quiere comunicar a mí. Porque cada uno de nosotros es único para Dios. Como cada hijo es único para sus padres, aunque tengan un montón de hijos. Venimos a buscar a Dios, no a entenderlo.

Se trata de conocer, no de entender. El conocer supone la unión. Hay que entrar en el campo de Dios para comulgar con Él. No es un almacenamiento de ideas.

A cada uno de nosotros se nos da a conocer el misterio.

Es algo trascendente, que nos sobrepasa, pero es necesario para mi vida de oración y de apostolado. El misterio me sobrepasa, pero no es un muro, porque el Bautismo me ha capacitado para conocer, para comulgar con estos misterios. No los podemos comprender, pero sí saborearlos, amarlos, familiarizarme con ellos: entrar en el mundo de Dios y Él nos dirá lo que quiera decirnos sobre su misterio.

Hemos de dejarnos situar por un impulso en la órbita de Dios. Se trata de ver cómo el Espíritu de Dios está en todas partes. Todo está penetrado por la presencia del amor de Dios. Que esta presencia la intuyamos, la percibamos. El fin primero de mi vida es dar gloria a Dios.

La Virgen María que es Reina y Madre nos ayudará.

Avivemos los deseos de contemplación para recibir este don.

## 2 El Espíritu Santo.

(Sábado, 24-may-2003)

Pensemos que somos contemplados por Dios. Que tiene contemplaciones con nosotros. Pensemos en el amor que nos tiene.

Y que se produzca por nuestra parte la correspondencia de este amor.

Por medio de Jesucristo resucitado el Padre nos manifiesta su amor. Y nos envía el Espíritu Santo con la misión santificadora que el Espíritu Santo tiene.

*Qué bien sé yo la fonte que mane y corre,  
aunque es de noche.*

1. Aquella eterna fonte está escondida,  
que bien sé yo do tiene su manida,  
*aunque es de noche.*

**2. Su origen no lo sé, pues no le tiene,  
mas sé que todo origen de ella tiene,**  
*aunque es de noche.*

3. Sé que no puede ser cosa tan bella,  
y que cielos y tierra beben de ella,  
*aunque es de noche.*

4. Bien sé que suelo en ella no se halla,  
y que ninguno puede vadealla,  
*aunque es de noche.*

5. Su claridad nunca es oscurecida,  
y sé que toda luz de ella es venida,  
*aunque es de noche.*

6. Sé ser tan caudalosos sus corrientes.  
que infiernos, cielos riegan y las gentes,  
*aunque es de noche.*

**7. El corriente que nace de esta fuente  
bien sé que es tan capaz y omnipotente,**  
*aunque es de noche.*

**8. El corriente que de estas dos procede  
sé que ninguna de ellas le precede,**  
*aunque es de noche.*

9. Aquesta eterna fonte está escondida  
en este vivo pan por darnos vida,  
*aunque es de noche.*

10. Aquí se está llamando a las criaturas,  
y de esta agua se hartan, aunque a oscuras  
*porque es de noche.*

11. Aquesta viva fuente que deseo,  
en este pan de vida yo la veo,  
*aunque es de noche.*

El corriente es el Espíritu Santo.

Decíamos que se nos ha dado el don. Hoy me quiere dar el don de conocer su misterio. Sin duda nos quiere dar algún don, para que saboreemos algo más y mejor el misterio de Dios.

Hay que desear tener un mayor sentido de Dios. Creer que las Tres Personas Divinas son la única fuente de nuestro ser y de nuestra vida. Desde este deseo contemplamos a Dios.

El Espíritu Santo es una persona: que conoce, que quiere, que actúa.

Está presente en la Creación, en la actuación de Reyes, Jueces, Profetas y en la Redención, en Pentecostés y en cada uno de nosotros.

La tercera persona divina es *el corriente que de estas dos procede*. En el orden natural no hay analogías de lo que es el Espíritu Santo, así como sí las encontramos con la persona del Padre y la del Hijo.

Pero se han usado símbolos que nos pueden ayudar. El sopro, el aliento. El aliento es signo de vida, de vitalidad y de fuerza.

Algunos Padres hablaban de que el Espíritu Santo era el beso entre la primera y la segunda persona de la Trinidad.

El Espíritu Santo une, ata y relaciona a Padre e Hijo. Es el amor que se tienen. Y es una relación de conocimiento. La Iglesia llama 'El amor' al Espíritu Santo. Porque es el agente unitivo. Para nosotros es la última persona divina que se revela.

El Padre es la fuente. El Hijo lo recibe todo (pobreza del Hijo). Y de esta comunidad de amor procede el Espíritu Santo, en la cual se comunica el amor de las Dos primeras.

El Espíritu Santo en el orden de la economía de la salvación, es el primero. Él es el que actúa en la economía de la salvación.

En la Misa, el sacerdote dice antes de comulgar:

"Senyor nostre Jesucrist, Fill del Déu viu, que per voluntat del Pare i amb la **cooperació de l'Esperit Sant**, heu donat la vida al món amb la vostra mort: pel vostre Cos i per la vostra sang, allibereu-me de tot pecat i de tot mal, feu-me sempre fidel als postres manaments i no permeteu que em separi mai de vós."

Ya en la creación se menciona el Espíritu Santo en el Génesis:

<sup>1</sup> *En el principio creó Dios el cielo y la tierra.* <sup>2</sup> *La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas. (Gen 1, 1-2)*

Es ese viento el que convierte el *caos* en *cosmos*. El Espíritu Santo armonizará todas las cosas y ordenando, distinguiendo, separando, pasará del caos al cosmos (orden).

De Él se dice en la antífona de la misa de Pentecostés: "El que mantiene todas las cosas".

El Espíritu Santo es el que mantiene todas las cosas. Hoy diríamos *agente de cohesión y armonía*.

Él hace surgir al hombre en la creación:

<sup>7</sup> *Entonces Yahvé Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente. (Gen 2, 7)*

Lo crea comunicándole un espíritu.

"Envía señor tu espíritu y serán creados"

"Si tú retiras tu sopro, los seres vuelven al polvo"

Y es que lo propio en nosotros es la no-existencia. La existencia nos viene del sopro de Dios.

En el tiempo de la preparación a la Redención, Moisés, Reyes, Jueces, Profetas, todos ellos hablan por el Espíritu Santo, están llenos del Espíritu Santo. Por eso decimos en el Credo: "que habló por los profetas".

Y en Isaías 61 leemos:

*<sup>1</sup> El espíritu del Señor Yahvé está sobre mí  
por cuanto que me ha ungido Yahvé.  
A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado,  
a vendar los corazones rotos;  
a pregonar a los cautivos la liberación,  
y a los reclusos la libertad;  
<sup>2</sup> a pregonar año de gracia de Yahvé,  
día de venganza de nuestro Dios;*

Jesús en la sinagoga de Nazaret, lee este párrafo, excepto el último verso.

Ese es el punto de partida de la vida pública de Jesús.

Él dice:

*<sup>20</sup> Enrolló el volumen, lo devolvió al ministro y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. <sup>21</sup> Comenzó, pues, a decirles: «Esta Escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy.» (Lc 4, 20-21)*

El Espíritu Santo tiene un lugar central en la vida de Jesús.

En la concepción,

*<sup>35</sup> El ángel le respondió: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Lc 1, 35)*

En el nacimiento,

*<sup>18</sup> El origen de Jesucristo fue de esta manera: Su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo. <sup>19</sup> Su marido José, que era justo, pero no quería infamarla, resolvió repudiarla en privado.<sup>20</sup> Así lo tenía planeado, cuando el ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: "José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo." (Mt 1, 18)*

En la Visitación,

*<sup>41</sup> En cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, Isabel quedó llena de Espíritu Santo*

Cuando Zacarías exulta en el nacimiento de Juan,

*<sup>67</sup> Zacarías, su padre, quedó lleno de Espíritu Santo y profetizó diciendo:... (Lc 1, 67)*

En la presentación del Templo,

*<sup>25</sup> Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón. Era un hombre justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel; y estaba en él el Espíritu Santo.*

*<sup>26</sup> El Espíritu Santo le había revelado que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. <sup>27</sup> Movidó por el Espíritu, vino al Templo; y cuando los padres introdujeron al niño Jesús, para cumplir lo que la Ley prescribía sobre él,... (Lc 2, 25-27)*

El Espíritu Santo es actor principal de la obra salvadora, aunque el Hijo es el Salvador.

Luego en la vida adulta de Jesús, aparece el Espíritu Santo en el Bautismo de Jesús

<sup>21</sup> Todo el pueblo se estaba bautizando. Jesús, ya bautizado, se hallaba en oración, se abrió el cielo, <sup>22</sup> bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo: «Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado.» (Lc 3, 21-22)

Juan el Bautista ya había anticipado esta acción del Espíritu Santo:

<sup>16</sup> declaró Juan a todos: «Yo os bautizo con agua; pero está a punto de llegar el que es más fuerte que yo, a quien ni siquiera soy digno de desatarle la correa de sus sandalias. Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. (Lc 3, 16)

Y vemos en Lc 4, 1

<sup>1</sup> Jesús, lleno de Espíritu Santo, se volvió del Jordán y era conducido por el Espíritu en el desierto, algunos traducen por llevado, otros por impulsado.

Y una línea de fuerza del misterio de la Creación-Redención, es el combate entre Dios y Satanás. Jesús se enfrenta a cara descubierta contra el Demonio. Da el paso bajo la acción del Espíritu Santo, enfrentándose al Demonio. Va empujado a este combate por el Espíritu Santo.

Y al volver del desierto, va a Galilea también movido por el Espíritu Santo (Lc 4, 14):

<sup>14</sup> Jesús volvió a Galilea por la fuerza del Espíritu y su fama se extendió por toda la región.

Así, es clave del ministerio apostólico y redentor el impulso del Espíritu Santo.

Jesús realiza el ministerio en obediencia a la acción del Espíritu Santo.

<sup>21</sup> En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo y dijo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a ingenuos. (Lc 10, 21)

Y el punto culminante, la muerte y resurrección.

<sup>11</sup> En cambio presentóse Cristo como sumo sacerdote de los bienes futuros, a través de una Tienda mayor y más perfecta, no fabricada por mano de hombre, es decir, no de este mundo. <sup>12</sup> Y penetró en el santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de novillos, sino con su propia sangre, consiguiendo una liberación definitiva. <sup>13</sup> Pues si la sangre de machos cabríos y de toros y la ceniza de una becerra santifican con su aspersion a los contaminados, en orden a la purificación de la carne, <sup>14</sup> ¡cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto al Dios vivo! (Hb 9, 11-14)

El gesto redentor es ofrenda pura, santa e inmaculada. Él es oferente, altar y víctima: persona que se ofrece al Padre y que se realiza por medio del Espíritu Eterno.

En esta primera etapa de nuestra Redención, el primer promotor es el Espíritu Santo.

Jesús ha vivido en la *kenosis* (*kenosis* = abajamiento, humillación) pero en él estaba el Espíritu Santo, con energías divinas pero inhibidas.

<sup>6</sup> El cual, siendo de condición divina,  
no codició el ser igual a Dios  
<sup>7</sup> sino que se despojó de sí mismo  
tomando condición de esclavo.  
Asumiendo semejanza humana  
y apareciendo en su porte como hombre,  
<sup>8</sup> se rebajó a sí mismo,  
haciéndose obediente hasta la muerte  
y una muerte de cruz. (Flp 2, 6-8)

Después de su resurrección, Cristo derrama de forma sobreabundante el Espíritu Santo.

<sup>32</sup> *A este Jesús, Dios le resucitó; de lo cual todos nosotros somos testigos.* <sup>33</sup> *Así pues, exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y lo ha derramado; esto es lo que vosotros veis y oís.*

Lo ha **derramado**. Ha habido un cambio. Hasta entonces, Cristo en la *kenosis* realiza la salvación. Desde Pentecostés, Cristo sigue siendo el Salvador, pero está en la gloria del Padre, y envía al Espíritu Santo y hará que la redención sea obra del Espíritu Santo. Es el tiempo del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el que nos santifica. Estamos en el tiempo de la obra del Espíritu Santo. En la siguiente fase.

El carácter de la obra del Espíritu Santo es

- universal, católica. Hemos de vivir en nuestras misas ese universalismo. La redención de Cristo abarca el mundo entero.
- Unidad. (no 'estar juntos'). Pentecostés es la negación de Babel. Unidad frente a dispersión. Necesidad de volver a aquel momento.
- La fe es alrededor de **alguien**. Acoger las palabras de los apóstoles es acoger a Jesús. A los que el pecado dispersa, el Espíritu Santo une.

Hemos de preguntarnos ¿se manifiesta el Espíritu Santo en mi vida?

El crecimiento en la madurez se da en tanto que se vive con el Espíritu Santo.

Si no nos mueve el Espíritu Santo, nuestro amor y conocimiento es carnal, pueril.

Más adulto será cuanto más movido por el Espíritu Santo.

Él es el autor de la gracia, de las virtudes, de los dones.

Dones del Espíritu Santo que nos hacen funcionar incluso por encima de nuestras capacidades sobrenaturales. Los dones son gratuidad. En las virtudes podemos poner nosotros algo. Pero en los dones, lo que hemos de hacer es recibirlos.

El Espíritu Santo nos capacita para conocerle y amarle como presente porque nos hace Templos suyos. Prueba ésta grande del amor de Dios.



### 3 La Iglesia vive de la Eucaristía

También ahora estamos en el tiempo de la Iglesia porque nace con el envío del Espíritu Santo.

En este tiempo, las manifestaciones del amor de Dios se realizan en la Iglesia de alguna manera.

Y a su vez, la Iglesia, vive de la Eucaristía.<sup>1</sup>

Vive de este don pascual de Cristo que es este don Eucarístico.

Leemos en la introducción, n° 5

*5. "Mysterium fidei! – ¡Misterio de la fe!". Cuando el sacerdote pronuncia o canta estas palabras, los presentes aclaman: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡ven Señor Jesús!».*

*Con éstas o parecidas palabras, la Iglesia, a la vez que se refiere a Cristo en el misterio de su Pasión, revela también su propio misterio: Ecclesia de Eucharistia. Si con el don del Espíritu Santo en Pentecostés la Iglesia nace y se encamina por las vías del mundo, un momento decisivo de su formación es ciertamente la institución de la Eucaristía en el Cenáculo. Su fundamento y su hontanar<sup>2</sup> es todo el Triduum paschale, pero éste está como incluido, anticipado, y «concentrado» para siempre en el don eucarístico. En este don, Jesucristo entregaba a la Iglesia la actualización perenne del misterio pascual. Con él instituyó una misteriosa «contemporaneidad» entre aquel Triduum y el transcurrir de todos los siglos.*

*Este pensamiento nos lleva a sentimientos de gran asombro y gratitud. El acontecimiento pascual y la Eucaristía que lo actualiza a lo largo de los siglos tienen una «capacidad» verdaderamente enorme, en la que entra toda la historia como destinataria de la gracia de la redención. Este asombro ha de inundar siempre a la Iglesia, reunida en la celebración eucarística. Pero, de modo especial, debe acompañar al ministro de la Eucaristía. En efecto, es él quien, gracias a la facultad concedida por el sacramento del Orden sacerdotal, realiza la consagración. Con la potestad que le viene del Cristo del Cenáculo, dice: "Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros... Éste es el cáliz de mi sangre, que será derramada por vosotros". El sacerdote pronuncia estas palabras o, más bien, pone su boca y su voz a disposición de Aquél que las pronunció en el Cenáculo y quiso que fueran repetidas de generación en generación por todos los que en la Iglesia participan ministerialmente de su sacerdocio.*

Dice Juan Pablo II que la Iglesia ha de actualizar la historia la redención. Mediante la Eucaristía. La Iglesia está reflejando también su propio misterio. Un momento decisivo de la institución de la Iglesia, es la constitución de la Eucaristía en el cenáculo.

La Eucaristía actualiza aquel acontecimiento. Hace coetáneo el triduo pascual en todos los siglos. Hace constantemente destinatarios de la Redención a los hombres en cada momento de la historia.

Hemos de tener una actitud de asombro y gratitud: asombro eucarístico.

En el número 6:

*6. Con la presente Carta encíclica, deseo suscitar este «asombro» eucarístico, en continuidad con la herencia jubilar que he querido dejar a la Iglesia con la Carta apostólica [Novo millennio ineunte](#) y con su coronamiento mariano [Rosarium Virginis Mariae](#). Contemplar el rostro de Cristo, y contemplarlo con María, es el «programa» que he indicado a la Iglesia en el alba del tercer milenio, invitándola a remar mar adentro en las aguas de la historia con el entusiasmo de la nueva evangelización. Contemplar a Cristo implica saber reconocerle dondequiera que Él se manifieste, en sus multiformes presencias, pero sobre todo en el Sacramento vivo de su cuerpo y de su sangre. La Iglesia vive del*

<sup>1</sup> Carta encíclica **ECCLESIA DE EUCHARISTIA** firmada el jueves 17 de Abril de 2003.

<sup>2</sup> Sitio en que nacen fuentes o manantiales.

*Cristo eucarístico, de Él se alimenta y por Él es iluminada. La Eucaristía es misterio de fe y, al mismo tiempo, «misterio de luz». Cada vez que la Iglesia la celebra, los fieles pueden revivir de algún modo la experiencia de los dos discípulos de Emaús: «Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron» (Lc 24, 31).*

Queriendo contemplar el rostro con María, y **reconocer** –como los discípulos de Emaús– a Cristo en la fracción del pan.

La Eucaristía es presencia salvadora y por ello el Papa pide ‘esmerada atención’

*9. La Eucaristía, presencia salvadora de Jesús en la comunidad de los fieles y su alimento espiritual, es de lo más precioso que la Iglesia puede tener en su caminar por la historia. Así se explica la esmerada atención que ha prestado siempre al Misterio eucarístico, una atención que se manifiesta autorizadamente en la acción de los Concilios y de los Sumos Pontífices. ¿Cómo no admirar la exposición doctrinal de los Decretos sobre la Santísima Eucaristía y sobre el Sacrosanto Sacrificio de la Misa promulgados por el Concilio de Trento? Aquellas páginas han guiado en los siglos sucesivos tanto la teología como la catequesis, y aún hoy son punto de referencia dogmática para la continua renovación y crecimiento del Pueblo de Dios en la fe y en el amor a la Eucaristía. En tiempos más cercanos a nosotros, se han de mencionar tres Encíclicas: la Mirae Caritatis de León XIII (28 de mayo de 1902), Mediator Dei de Pío XII (20 de noviembre de 1947) y la Mysterium Fidei de Pablo VI (3 de septiembre de 1965).*

*El Concilio Vaticano II, aunque no publicó un documento específico sobre el Misterio eucarístico, ha ilustrado también sus diversos aspectos a lo largo del conjunto de sus documentos, y especialmente en la Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen gentium y en la Constitución sobre la Sagrada liturgia Sacrosanctum Concilium.*

*Yo mismo, en los primeros años de mi ministerio apostólico en la Cátedra de Pedro, con la Carta apostólica Dominicae Cenaes (24 de febrero de 1980), he tratado algunos aspectos del Misterio eucarístico y su incidencia en la vida de quienes son sus ministros. Hoy reanudo el hilo de aquellas consideraciones con el corazón aún más lleno de emoción y gratitud, como haciendo eco a la palabra del Salmista: «¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando su nombre» (Sal 116, 12-13).*

Comenta el Cardenal Nguyễn Văn Thuận, en sus ejercicios a la Curia Romana de Marzo de 2000:

*«No podré expresar nunca mi alegría: celebré cada día la Misa con tres gotas de vino y una de agua en la palma de la mano. Cada día pude arrodillarme ante la Cruz con Jesús, beber con él su cáliz más amargo. Cada día, al recitar la consagración, confirmé con todo mi corazón y con toda mi alma un nuevo pacto, un pacto eterno entre Jesús y yo, a través de su sangre mezclada con la mía. Fueron las Misas más bellas de mi vida».*

*Más tarde, cuando le internaron en un campo de reeducación, al arzobispo le metieron en un grupo de cincuenta detenidos. Dormían en una cama común. Cada uno tenía derecho a cincuenta centímetros. «Nos las arreglamos para que a mi lado estuvieran cinco católicos –cuenta–. A las 21,30 se apagaban las luces y todos tenían que dormir. En la cama, yo celebraba la Misa de memoria y distribuía la comunión pasando la mano por debajo del mosquitero. Hacíamos sobres con papel de cigarro para conservar el santísimo Sacramento. Llevaba siempre a Cristo Eucaristía en el bolso de la camisa».*

Habla luego el pontífice de las luces y las sombras después del Concilio:

*10. Este deber de anuncio por parte del Magisterio se corresponde con un crecimiento en el seno de la comunidad cristiana. No hay duda de que la reforma litúrgica del Concilio ha tenido grandes ventajas para una participación más consciente, activa y fructuosa de los fieles en el Santo Sacrificio del altar. En muchos lugares, además, la adoración del Santísimo Sacramento tiene cotidianamente una importancia destacada y se convierte en fuente inagotable de santidad. La participación devota de los fieles en la procesión eucarística en la solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo es una gracia de Dios, que cada año llena de gozo a quienes toman parte en ella. Y se podrían mencionar otros signos positivos de fe y amor eucarístico.*

*Desgraciadamente, junto a estas luces, no faltan sombras. En efecto, hay sitios donde se constata un abandono casi total del culto de adoración eucarística. A esto se añaden, en diversos contextos eclesiales, ciertos abusos que contribuyen a oscurecer la recta fe y la doctrina católica sobre este admirable Sacramento. Se nota a veces una comprensión muy limitada del Misterio eucarístico. Privado de su valor sacrificial, se vive como si no tuviera otro significado y valor que el de un encuentro convivencial<sup>3</sup> fraterno. Además, queda a veces oscurecida la necesidad del sacerdocio ministerial, que se funda en la sucesión apostólica, y la sacramentalidad de la Eucaristía se reduce únicamente a la eficacia del anuncio. También por eso, aquí y allá, surgen iniciativas ecuménicas que, aun siendo generosas en su intención, transigen con prácticas eucarísticas contrarias a la disciplina con la cual la Iglesia expresa su fe. ¿Cómo no manifestar profundo dolor por todo esto? La Eucaristía es un don demasiado grande para admitir ambigüedades y reducciones.*

Y en el capítulo 1, punto 11, habla Juan Pablo II del Misterio de la Fe.

*11. «El Señor Jesús, la noche en que fue entregado» (1 Co 11, 23), instituyó el Sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre. Las palabras del apóstol Pablo nos llevan a las circunstancias dramáticas en que nació la Eucaristía. En ella está inscrito de forma indeleble el acontecimiento de la pasión y muerte del Señor. No sólo lo evoca sino que lo hace sacramentalmente presente. Es el sacrificio de la Cruz que se perpetúa por los siglos. Esta verdad la expresan bien las palabras con las cuales, en el rito latino, el pueblo responde a la proclamación del «misterio de la fe» que hace el sacerdote: «Anunciamos tu muerte, Señor».*

*La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como el don por excelencia, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación. Ésta no queda relegada al pasado, pues «todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos...».*

*Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y «se realiza la obra de nuestra redención». Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo después de habernos dejado el medio para participar de él, como si hubiéramos estado presentes. Así, todo fiel puede tomar parte en él, obteniendo frutos inagotablemente. Ésta es la fe de la que han vivido a lo largo de los siglos las generaciones cristianas. Ésta es la fe que el Magisterio de la Iglesia ha reiterado continuamente con gozosa gratitud por tan inestimable don. Deseo, una vez más, llamar la atención sobre esta verdad, poniéndome con vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, en adoración delante de este Misterio: Misterio grande, Misterio de misericordia. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega «hasta el extremo» (Jn 13, 1), un amor que no conoce medida.*

*12. Este aspecto de caridad universal del Sacramento eucarístico se funda en las palabras mismas del Salvador. Al instituirlo, no se limitó a decir «Éste es mi cuerpo», «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre», sino que añadió «entregado por vosotros... derramada por vosotros» (Lc 22, 19-20). No afirmó solamente que lo que les daba de comer y beber era su cuerpo y su sangre, sino que manifestó su valor sacrificial, haciendo presente de modo sacramental su sacrificio, que cumpliría después en la cruz algunas horas más tarde, para la salvación de todos. «La misa es, a la vez e inseparablemente, el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y la Sangre del Señor».*

*La Iglesia vive continuamente del sacrificio redentor, y accede a él no solamente a través de un recuerdo lleno de fe, sino también en un contacto actual, puesto que este sacrificio se hace presente, perpetuándose sacramentalmente en cada comunidad que lo ofrece por manos del ministro consagrado. De este modo, la Eucaristía aplica a los hombres de hoy la reconciliación obtenida por Cristo una vez por todas para la humanidad de todos los tiempos. En efecto, «el sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, un único sacrificio». Ya lo decía elocuentemente san Juan Crisóstomo: «Nosotros ofrecemos siempre el mismo Cordero, y no uno*

---

<sup>3</sup> Perteneciente o relativo al convite.

hoy y otro mañana, sino siempre el mismo. Por esta razón el sacrificio es siempre uno sólo [...]. También nosotros ofrecemos ahora aquella víctima, que se ofreció entonces y que jamás se consumirá».

La Misa hace presente el sacrificio de la Cruz, no se le añade y no lo multiplica. Lo que se repite es su celebración memorial, la «manifestación memorial» (memoralis demonstratio), por la cual el único y definitivo sacrificio redentor de Cristo se actualiza siempre en el tiempo. La naturaleza sacrificial del Misterio eucarístico no puede ser entendida, por tanto, como algo aparte, independiente de la Cruz o con una referencia solamente indirecta al sacrificio del Calvario.

13. Por su íntima relación con el sacrificio del Gólgota, la Eucaristía es sacrificio en sentido propio y no sólo en sentido genérico, como si se tratara del mero ofrecimiento de Cristo a los fieles como alimento espiritual. En efecto, el don de su amor y de su obediencia hasta el extremo de dar la vida (cf. Jn 10, 17-18), es en primer lugar un don a su Padre. Ciertamente es un don en favor nuestro, más aún, de toda la humanidad (cf. Mt 26, 28; Mc 14, 24; Lc 22, 20; Jn 10, 15), pero don ante todo al Padre: «sacrificio que el Padre aceptó, correspondiendo a esta donación total de su Hijo que se hizo «obediente hasta la muerte» (Fl 2, 8) con su entrega paternal, es decir, con el don de la vida nueva e inmortal en la resurrección».

Al entregar su sacrificio a la Iglesia, Cristo ha querido además hacer suyo el sacrificio espiritual de la Iglesia, llamada a ofrecerse también a sí misma unida al sacrificio de Cristo. Por lo que concierne a todos los fieles, el Concilio Vaticano II enseña que «al participar en el sacrificio eucarístico, fuente y cima de la vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y a sí mismos con ella».

Cristo no vuelve al Padre hasta después de darnos la Eucaristía. La Eucaristía hace perdurable esta obra salvadora de la que nosotros participamos. Dice Juan:

...habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. (Jn 13, 1)

Y luego Lucas

<sup>14</sup> Cuando llegó la hora, se puso a la mesa con los apóstoles <sup>15</sup> y les dijo: «Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer (Lc 22, 14)

La Eucaristía nace en circunstancias dramáticas. Perpetúa el Sacrificio de la cruz. Es el don por excelencia: don de sí y de su obra de salvación que el Espíritu Santo hace presente. Es tan decisiva que Cristo no vuelve al Padre hasta después de habernos dejado el medio de participar en esa obra salvadora, presentes en ella, hoy, como ayer y como será siempre. La Eucaristía es una expresión de la caridad universal (en el tiempo y en el espacio).

La da con valor sacrificial. No da su cuerpo sino que lo **entrega**. No da su sangre, sino que la **derrama**. En la cruz de forma cruenta, en la Eucaristía como memorial. El sacrificio de Cristo, es el **único** sacrificio. El cordero que jamás se consume.

La Misa actualiza el mismo y único sacrificio de Cristo. Es sacrificio en sentido propio porque es actualización. La Iglesia está llamada a hacer el don de sí misma, ofreciéndose ella misma como víctima. Por eso aclamamos: 'Anunciamos tu muerte'. Actualiza y hace presente el sacrificio de Cristo.

Es el Espíritu Santo el que confecciona la Eucaristía. Hemos de tener claro el valor sacrificial: no se está celebrando cualquier cosa.

14. La Pascua de Cristo incluye, con la pasión y muerte, también su resurrección. Es lo que recuerda la aclamación del pueblo después de la consagración: «Proclamamos tu resurrección». Efectivamente, el sacrificio eucarístico no sólo hace presente el misterio de la pasión y muerte del Salvador, sino también el misterio de la resurrección, que corona su sacrificio. En cuanto viviente y resucitado, Cristo se hace en la Eucaristía «pan de vida» (Jn 6, 35.48), «pan vivo» (Jn 6, 51). San Ambrosio lo recordaba a los neófitos, como una aplicación del acontecimiento de la resurrección a su vida: «Si hoy Cristo está en ti, Él resucita para ti cada día». San Cirilo de Alejandría, a su vez, subrayaba que la participación en los santos Misterios «es una verdadera confesión y memoria de que el Señor ha muerto y ha vuelto a la vida por nosotros y para beneficio nuestro».

15. *La representación sacramental en la Santa Misa del sacrificio de Cristo, coronado por su resurrección, implica una presencia muy especial que –citando las palabras de Pablo VI– «se llama “real”, no por exclusión, como si las otras no fueran “reales”, sino por antonomasia, porque es sustancial, ya que por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro». Se recuerda así la doctrina siempre válida del Concilio de Trento: «Por la consagración del pan y del vino se realiza la conversión de toda la sustancia del pan en la sustancia del cuerpo de Cristo Señor nuestro, y de toda la sustancia del vino en la sustancia de su sangre. Esta conversión, propia y convenientemente, fue llamada transustanciación por la santa Iglesia Católica». Verdaderamente la Eucaristía es «mysterium fidei», misterio que supera nuestro pensamiento y puede ser acogido sólo en la fe, como a menudo recuerdan las catequesis patrísticas sobre este divino Sacramento. «No veas –exhorta san Cirilo de Jerusalén– en el pan y en el vino meros y naturales elementos, porque el Señor ha dicho expresamente que son su cuerpo y su sangre: la fe te lo asegura, aunque los sentidos te sugieran otra cosa».*

*«Adoro te devote, latens Deitas», seguiremos cantando con el Doctor Angélico. Ante este misterio de amor, la razón humana experimenta toda su limitación. Se comprende cómo, a lo largo de los siglos, esta verdad haya obligado a la teología a hacer arduos esfuerzos para entenderla.*

*Son esfuerzos loables, tanto más útiles y penetrantes cuanto mejor consiguen conjugar el ejercicio crítico del pensamiento con la «fe vivida» de la Iglesia, percibida especialmente en el «carisma de la verdad» del Magisterio y en la «comprensión interna de los misterios», a la que llegan sobre todo los santos. La línea fronteriza es la señalada por Pablo VI: «Toda explicación teológica que intente buscar alguna inteligencia de este misterio, debe mantener, para estar de acuerdo con la fe católica, que en la realidad misma, independiente de nuestro espíritu, el pan y el vino han dejado de existir después de la consagración, de suerte que el Cuerpo y la Sangre adorables de Cristo Jesús son los que están realmente delante de nosotros».*

Y decimos

‘Proclamamos tu resurrección’

Cristo es viviente. Es **el viviente**. Dador de vida por el Espíritu Santo. Si creemos en la Resurrección, podemos creer en la Eucaristía.

Y la Eucaristía como banquete. ¡Le recibimos a Él mismo!

16. *La eficacia salvífica del sacrificio se realiza plenamente cuando se comulga recibiendo el cuerpo y la sangre del Señor. De por sí, el sacrificio eucarístico se orienta a la íntima unión de nosotros, los fieles, con Cristo mediante la comunión: le recibimos a Él mismo, que se ha ofrecido por nosotros; su cuerpo, que Él ha entregado por nosotros en la Cruz; su sangre, «derramada por muchos para perdón de los pecados» (Mt 26, 28). Recordemos sus palabras: “Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí” (Jn 6, 57). Jesús mismo nos asegura que esta unión, que Él pone en relación con la vida trinitaria, se realiza efectivamente. La Eucaristía es **verdadero banquete**, en el cual Cristo se ofrece como alimento. Cuando Jesús anuncia por primera vez esta comida, los oyentes se quedan asombrados y confusos, obligando al Maestro a recalcar la verdad objetiva de sus palabras: “En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros” (Jn 6, 53). No se trata de un alimento metafórico: “Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida” (Jn 6, 55).*

17. *Por la comunión de su cuerpo y de su sangre, Cristo nos comunica también su Espíritu. Escribe san Efrén: “Llamó al pan su cuerpo viviente, lo llenó de sí mismo y de su Espíritu [...], y quien lo come con fe, come Fuego y Espíritu. [...] Tomad, comed todos de él, y coméis con él el Espíritu Santo. En efecto, es verdaderamente mi cuerpo y el que lo come vivirá eternamente”. La Iglesia pide este don divino, raíz de todos los otros dones, en la epiclesis<sup>4</sup> eucarística. Se lee, por ejemplo, en la*

---

<sup>4</sup> Se llama **epiclesis** a la parte de la Misa en que se invoca al Espíritu Santo.

En las Plegarias Eucarísticas, anáforas o canon suelen haber dos epiclesis; una, antes de la consagración, invocando al Espíritu Santo para que obre la presencia de Cristo; y otra epiclesis, después de la consagración, sobre el pueblo invocando al Espíritu Santo para que lo colme de bienes.

*Divina Liturgia de san Juan Crisóstomo: "Te invocamos, te rogamos y te suplicamos: manda tu Santo Espíritu sobre todos nosotros y sobre estos dones [...] para que sean purificación del alma, remisión de los pecados y comunicación del Espíritu Santo para cuantos participan de ellos". Y, en el Misal Romano, el celebrante implora que: "Fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un sólo cuerpo y un sólo espíritu". Así, con el don de su cuerpo y su sangre, Cristo acrecienta en nosotros el don de su Espíritu, infundido ya en el Bautismo e impreso como "sello" en el sacramento de la Confirmación.*

Por la Eucaristía, Cristo nos comunica también su Espíritu.

En este capítulo 1 de la Encíclica, se habla también de la proyección escatológica del don de la Eucaristía: ¡Ven Señor Jesús!

*18. La aclamación que el pueblo pronuncia después de la consagración se concluye oportunamente manifestando la proyección escatológica que distingue la celebración eucarística (cf. 1 Co 11, 26): "... hasta que vuelvas". La Eucaristía es tensión hacia la meta, pregonar el gozo pleno prometido por Cristo (cf. Jn 15, 11); es, en cierto sentido, anticipación del Paraíso y "prenda de la gloria futura". En la Eucaristía, todo expresa la confiada espera: "mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo". Quien se alimenta de Cristo en la Eucaristía no tiene que esperar el más allá para recibir la vida eterna: la posee ya en la tierra como primicia de la plenitud futura, que abarcará al hombre en su totalidad. En efecto, en la Eucaristía recibimos también la garantía de la resurrección corporal al final del mundo: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día" (Jn 6, 54). Esta garantía de la resurrección futura proviene de que la carne del Hijo del hombre, entregada como comida, es su cuerpo en el estado glorioso del resucitado. Con la Eucaristía se asimila, por decirlo así, el "secreto" de la resurrección. Por eso san Ignacio de Antioquía definía con acierto el Pan eucarístico "fármaco de inmortalidad, antídoto contra la muerte".*

*19. La tensión escatológica suscitada por la Eucaristía expresa y consolida la comunión con la Iglesia celestial. No es casualidad que en las anáforas orientales y en las plegarias eucarísticas latinas se recuerde siempre con veneración a la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor, a los ángeles, a los santos apóstoles, a los gloriosos mártires y a todos los santos. Es un aspecto de la Eucaristía que merece ser resaltado: mientras nosotros celebramos el sacrificio del Cordero, nos unimos a la liturgia celestial, asociándonos con la multitud inmensa que grita: "La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero" (Ap 7, 10). La*

Las primeras epiclesis se caracterizan por el gesto pneumatológico de imposición de manos sobre los dones que se van a consagrar, determinando así lo que constituye la materia del sacrificio y como apropiándose, los sacerdotes, de esa materia determinada. Por ejemplo, comienzan con las siguientes palabras:

- > *Bendice y santifica, oh Padre, esta ofrenda, haciéndola perfecta, espiritual y digna de ti...*»1 ;
- > *...te pedimos que santifiques estos dones con la efusión de tu Espíritu...*»2 ;
- > *...te suplicamos que santifiques por el mismo Espíritu estos dones que hemos separado para ti...*»3 ;
- > *...te rogamos que este mismo Espíritu santifique estas ofrendas, para que sean Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nuestro Señor*»4 .

Las segundas epiclesis comienzan así:

- > *Te pedimos humildemente ... que esta ofrenda sea llevada a tu presencia ... para que cuantos recibimos el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo ... seamos colmados de gracia y bendición*»5 ;
- > *Te pedimos ... que el Espíritu Santo congrege en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo*»6 ;
- > *...para que ... llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu*»7 ;
- > *...concede a cuantos compartimos este pan y este cáliz, que, congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos en Cristo víctima viva para alabanza de tu gloria*»8 .

Por eso enseña el Catecismo de la Iglesia Católica: «La Epiclesis (=invocación sobre') es la intercesión mediante la cual el sacerdote suplica al Padre que envíe el Espíritu santificador para que las ofrendas se conviertan en el Cuerpo y Sangre de Cristo y para que los fieles, al recibirlos, se conviertan ellos mismos en ofrenda viva para Dios»... Ver [http://www.iveargentina.org/pbuela/sermones/o103\\_ES\\_misa.htm](http://www.iveargentina.org/pbuela/sermones/o103_ES_misa.htm)

*Eucaristía es verdaderamente un resquicio del cielo que se abre sobre la tierra. Es un rayo de gloria de la Jerusalén celestial, que penetra en las nubes de nuestra historia y proyecta luz sobre nuestro camino.*

*20. Una consecuencia significativa de la tensión escatológica propia de la Eucaristía es que da impulso a nuestro camino histórico, poniendo una semilla de viva esperanza en la dedicación cotidiana de cada uno a sus propias tareas. En efecto, aunque la visión cristiana fija su mirada en un "cielo nuevo" y una "tierra nueva" (Ap 21, 1), eso no debilita, sino que más bien estimula nuestro sentido de responsabilidad respecto a la tierra presente. Deseo recalcarlo con fuerza al principio del nuevo milenio, para que los cristianos se sientan más que nunca comprometidos a no descuidar los deberes de su ciudadanía terrenal. Es cometido suyo contribuir con la luz del Evangelio a la edificación de un mundo habitable y plenamente conforme al designio de Dios.*

*Muchos son los problemas que oscurecen el horizonte de nuestro tiempo. Baste pensar en la urgencia de trabajar por la paz, de poner premisas sólidas de justicia y solidaridad en las relaciones entre los pueblos, de defender la vida humana desde su concepción hasta su término natural. Y ¿qué decir, además, de las tantas contradicciones de un mundo "globalizado", donde los más débiles, los más pequeños y los más pobres parecen tener bien poco que esperar? En este mundo es donde tiene que brillar la esperanza cristiana. También por eso el Señor ha querido quedarse con nosotros en la Eucaristía, grabando en esta presencia sacrificial y convivial la promesa de una humanidad renovada por su amor. Es significativo que el Evangelio de Juan, allí donde los Sinópticos narran la institución de la Eucaristía, propone, ilustrando así su sentido profundo, el relato del "lavatorio de los pies", en el cual Jesús se hace maestro de comunión y servicio (cf. Jn 13, 1-20). El apóstol Pablo, por su parte, califica como "indigno" de una comunidad cristiana que se participe en la Cena del Señor, si se hace en un contexto de división e indiferencia hacia los pobres (Cf. 1 Co 11, 17.22.27.34).*

*Anunciar la muerte del Señor "hasta que venga" (1 Co 11, 26), comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo "eucarística". Precisamente este fruto de transfiguración de la existencia y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración eucarística y de toda la vida cristiana: "¡Ven, Señor Jesús!" (Ap 22, 20).*

En el capítulo 2, la encíclica edifica la Iglesia.

*21. El Concilio Vaticano II ha recordado que la celebración eucarística es el centro del proceso de crecimiento de la Iglesia. En efecto, después de haber dicho que "la Iglesia, o el reino de Cristo presente ya en misterio, crece visiblemente en el mundo por el poder de Dios", como queriendo responder a la pregunta: ¿Cómo crece?, añade: "Cuántas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz, en el que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado (1 Co 5, 7), se realiza la obra de nuestra redención. El sacramento del pan eucarístico significa y al mismo tiempo realiza la unidad de los creyentes, que forman un solo cuerpo en Cristo (cf. 1 Co 10, 17)".*

*Hay un influjo causal de la Eucaristía en los orígenes mismos de la Iglesia. Los evangelistas precisan que fueron los Doce, los Apóstoles, quienes se reunieron con Jesús en la Última Cena (cf. Mt 26, 20; Mc 14, 17; Lc 22, 14). Es un detalle de notable importancia, porque los Apóstoles "fueron la semilla del nuevo Israel, a la vez que el origen de la jerarquía sagrada". Al ofrecerles como alimento su cuerpo y su sangre, Cristo los implicó misteriosamente en el sacrificio que habría de consumarse pocas horas después en el Calvario. Análogamente a la alianza del Sinaí, sellada con el sacrificio y la aspersion con la sangre, los gestos y las palabras de Jesús en la Última Cena fundaron la nueva comunidad mesiánica, el Pueblo de la nueva Alianza.*

*Los Apóstoles, aceptando la invitación de Jesús en el Cenáculo: "Tomad, comed... Bebed de ella todos..." (Mt 26, 26.27), entraron por vez primera en comunión sacramental con Él. Desde aquel momento, y hasta al final de los siglos, la Iglesia se edifica a través de la comunión sacramental con el Hijo de Dios inmolado por nosotros: "Haced esto en recuerdo mío... Cuántas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío" (1 Co 11, 24-25; cf. Lc 22, 19).*

*22. La incorporación a Cristo, que tiene lugar por el Bautismo, se renueva y se consolida continuamente con la participación en el Sacrificio eucarístico, sobre todo cuando ésta es plena*

mediante la comunión sacramental. Podemos decir que no solamente cada uno de nosotros recibe a Cristo, sino que también Cristo nos recibe a cada uno de nosotros. Él estrecha su amistad con nosotros: "Vosotros sois mis amigos" (Jn 15, 14). Más aún, nosotros vivimos gracias a Él: "el que me coma vivirá por mí" (Jn 6, 57). En la comunión eucarística se realiza de manera sublime que Cristo y el discípulo "estén" el uno en el otro: "Permaneced en mí, como yo en vosotros" (Jn 15, 4).

Al unirse a Cristo, en vez de encerrarse en sí mismo, el Pueblo de la nueva Alianza se convierte en "sacramento" para la humanidad, signo e instrumento de la salvación, en obra de Cristo, en luz del mundo y sal de la tierra (cf. Mt 5, 13-16), para la redención de todos. La misión de la Iglesia continúa la de Cristo: "Como el Padre me envió, también yo os envío" (Jn 20, 21). Por tanto, la Iglesia recibe la fuerza espiritual necesaria para cumplir su misión perpetuando en la Eucaristía el sacrificio de la Cruz y comulgando el cuerpo y la sangre de Cristo. Así, la Eucaristía es la fuente y, al mismo tiempo, la cumbre de toda la evangelización, puesto que su objetivo es la comunión de los hombres con Cristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo.

23. Con la comunión eucarística la Iglesia consolida también su unidad como cuerpo de Cristo. San Pablo se refiere a esta eficacia unificadora de la participación en el banquete eucarístico cuando escribe a los Corintios: "Y el pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan" (1 Co 10, 16-17). El comentario de san Juan Crisóstomo es detallado y profundo: "¿Qué es, en efecto, el pan? Es el cuerpo de Cristo. ¿En qué se transforman los que lo reciben? En cuerpo de Cristo; pero no muchos cuerpos sino un sólo cuerpo. En efecto, como el pan es sólo uno, por más que esté compuesto de muchos granos de trigo y éstos se encuentren en él, aunque no se vean, de tal modo que su diversidad desaparece en virtud de su perfecta fusión; de la misma manera, también nosotros estamos unidos recíprocamente unos a otros y, todos juntos, con Cristo". La argumentación es terminante: nuestra unión con Cristo, que es don y gracia para cada uno, hace que en Él estemos asociados también a la unidad de su cuerpo que es la Iglesia. La Eucaristía consolida la incorporación a Cristo, establecida en el Bautismo mediante el don del Espíritu (cf. 1 Co 12, 13.27).

La acción conjunta e inseparable del Hijo y del Espíritu Santo, que está en el origen de la Iglesia, de su constitución y de su permanencia, continúa en la Eucaristía. Bien consciente de ello es el autor de la Liturgia de Santiago: en la epiclesis de la anáfora se ruega a Dios Padre que envíe el Espíritu Santo sobre los fieles y sobre los dones, para que el cuerpo y la sangre de Cristo "sirvan a todos los que participan en ellos [...] a la santificación de las almas y los cuerpos". La Iglesia es reforzada por el divino Paráclito a través la santificación eucarística de los fieles.

24. El don de Cristo y de su Espíritu que recibimos en la comunión eucarística colma con sobrada plenitud los anhelos de unidad fraterna que alberga el corazón humano y, al mismo tiempo, eleva la experiencia de fraternidad, propia de la participación común en la misma mesa eucarística, a niveles que están muy por encima de la simple experiencia convivencial humana. Mediante la comunión del cuerpo de Cristo, la Iglesia alcanza cada vez más profundamente su ser "en Cristo como sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano".

A los gérmenes de disgregación entre los hombres, que la experiencia cotidiana muestra tan arraigada en la humanidad a causa del pecado, se contrapone la fuerza generadora de unidad del cuerpo de Cristo. La Eucaristía, construyendo la Iglesia, crea precisamente por ello comunidad entre los hombres.

Y se habla también del culto que se da fuera de la Misa

25. El culto que se da a la Eucaristía fuera de la Misa es de un valor inestimable en la vida de la Iglesia. Dicho culto está estrechamente unido a la celebración del Sacrificio eucarístico. La presencia de Cristo bajo las sagradas especies que se conservan después de la Misa —presencia que dura mientras subsistan las especies del pan y del vino—, deriva de la celebración del Sacrificio y tiende a la comunión sacramental y espiritual. Corresponde a los Pastores animar, incluso con el testimonio personal, el culto eucarístico, particularmente la exposición del Santísimo Sacramento y la adoración de Cristo presente bajo las especies eucarísticas.



*Es hermoso estar con Él y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (cf. Jn 13, 25), palpar el amor infinito de su corazón. Si el cristianismo ha de distinguirse en nuestro tiempo sobre todo por el “arte de la oración”, ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento? ¡Cuántas veces, mis queridos hermanos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo!*

*Numerosos Santos nos han dado ejemplo de esta práctica, alabada y recomendada repetidamente por el Magisterio. De manera particular se distinguió por ella San Alfonso María de Liguori, que escribió: “Entre todas las devociones, ésta de adorar a Jesús sacramentado es la primera, después de los sacramentos, la más apreciada por Dios y la más útil para nosotros”. La Eucaristía es un tesoro inestimable; no sólo su celebración, sino también estar ante ella fuera de la Misa, nos da la posibilidad de llegar al manantial mismo de la gracia. Una comunidad cristiana que quiera ser más capaz de contemplar el rostro de Cristo, en el espíritu que he sugerido en las Cartas apostólicas [Novo millennio ineunte](#) y [Rosarium Virginis Mariae](#), ha de desarrollar también este aspecto del culto eucarístico, en el que se prolongan y multiplican los frutos de la comunión del cuerpo y sangre del Señor.*

Es anticipación del Paraíso. Hemos de vivir esa confiada espera: ‘mientras esperamos tu gloriosa venida’.

Ya somos eternos. Estamos pensados desde toda la eternidad y llamados a vivir en la vida eterna, resucitados. La Eucaristía es una prenda, una garantía de esa vida eterna. Fármaco de inmortalidad. En la Eucaristía recordamos a los santos, porque nos unimos a la liturgia del cielo. Es un resquicio de cielo.

El Papa da impulso a nuestro caminar. Estimula nuestro sentido de responsabilidad en nuestro tiempo presente.

En este mundo ha de brillar nuestra esperanza cristiana. El lavatorio de los pies, misterio de comunión y servicio, se produce justo antes de la institución de la Eucaristía.

Y el culto fuera de la misa. Pensemos en lo que explica Monseñor Van Thuân.

## 4 La Virgen María.

Verdaguer, en *Idilics y cants místichs*:

“¿Qui salvarà'l món perdut?  
Sols respon una doncella:  
—Una dòna'l salvarà.  
si una altra dòna'l va perdre.

¿Ahont es lo monstre, ahont es,  
que se'ns engola la terra?  
no es ella la poma, nó,  
ni si ho fos sería seva,  
que sería del meu Fill  
que en l'arbre d'amor s'axeca.—

A la creu hont mor Jesús  
María la serp hi ferma,  
y abans de volar al cel  
li n'ha xafada la testa»

María es una figura muy importante, sobre todo si tenemos experiencias muy negativas. Si hemos sufrido las injusticias de los hombres. Si tenemos el corazón dolido. Necesitamos enternecer, suavizar nuestro corazón para que no se rompa.

Y María nos puede ayudar, y no poco. En esta obra redentora ya se apunta que una mujer estará presente y entrará en liza, en oposición con el enemigo de Dios que es el demonio.

### **Trazos de esta mujer: Perfiles de María**

- Está en enemistad absoluta con el enemigo de Dios, el Demonio:

Al lado del que tiene encomendada la obra redentora: en el Génesis leemos:

<sup>15</sup> *Enemistad pondré entre ti y la mujer,  
entre tu linaje y su linaje:  
él te pisará la cabeza  
mientras acechas tú su calcañar.» (Gen 3, 15)*

- Desde que Dios anuncia la Redención, anuncia también a María:

Está situada en los principios de la Redención, aunque no se hace presenta hasta el nacimiento de Jesús.

Al principio ya hay una creación redentora: “Enemistad...”, y al final cuando se habla del final de Satanás:

<sup>5</sup> *La Mujer dio a luz un Hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro; y su hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono. <sup>6</sup> Y la Mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios para ser allí alimentada mil doscientos sesenta días.*

<sup>7</sup> *Entonces se entabló una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles combatieron con el Dragón. También el Dragón y sus ángeles combatieron, <sup>8</sup> pero no prevalecieron y no hubo ya en el cielo lugar para ellos. <sup>9</sup> Y fue arrojado el gran Dragón, la Serpiente antigua, el llamado diablo y Satanás, el seductor del mundo entero; fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él. (Ap 12, 5-9)*

### **1. La Mujer, está al principio y al final de la película.**

También Judit y Ester son personajes en el AT que anuncian a la Mujer.

La Virgen no es una devoción, aunque se la tengamos. Es un personaje fundamental que está en esta lucha contra Satanás. Está en el centro de la obra redentora. El autor es Jesús, pero ella es protagonista principal. Su protagonismo empieza en la encarnación. Es sujeto receptivo de primera magnitud. Y por eso su colaboración es excepcional. Es una de las maravillas de Dios. Ella es figura y modelo. Por eso hemos también de contemplarla. Sujeto receptivo: concebida sin pecado. Para ella es punto de partida lo que para nosotros es llegada: la plenitud de la gracia.

Receptiva y redimida: la mejor colaboradora, el **mejor agente** de Jesús.

## 2. Lo más importante de María es su maternidad divina, su fecundidad única.

Es la más fecunda y útil de los seres creados. Se le ha dado la fecundidad en la virginidad. Es Madre porque es Virgen, y es Virgen por ser Madre de Dios. Porque es toda ella para Dios. Está tan henchida en ser todo para Dios, que 'revienta' en maternidad, en la maternidad del hijo de Dios.

Es una virginidad del sí, más que del no.

Y María, desde esta condición de madre, no retiene a Jesús. El amor a Jesús, es un amor oblativo, no posesivo.

¿Cuál es mi relación con las personas y con las tareas que doy a luz?

¿Lo pongo todo de mi parte oblativamente en mi hacer, o tengo interés en que lleve mi sello y mi firma?

María es sujeto receptivo.

## 3. Después de la Asunción realiza una doble misión, doxológica y soteriológica. Y eso la hace Reina y Señora de cielos y tierra.

La *misión doxológica* consiste en la participación en la resurrección de su hijo. De este modo también con su cuerpo está insertada en el misterio de la Santísima Trinidad y da gloria con su cuerpo glorificado a las tres Personas Divinas. Su existencia está sumergida en un infinito silencio de amor.

Ella es la hija muy amada del Padre. Se complace en ella. Y el Hijo (ha sido Arca de la Nueva Alianza) le llama Madre.

<sup>4</sup> Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley (Gal 4, 4)

**Jamás puso resistencia a la acción del Espíritu Santo**, por eso el Espíritu Santo la llama esposa.

<sup>35</sup> El ángel le respondió: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y se le llamará Hijo de Dios. (Lc 1, 35)

Mn. Cinto Verdaguer:

" De reina etern Pare.

l'amor de l'esposa

..... dia"

Y la *vocación soteriológica*, consiste en que participa de la Salvación.

Ella ha recorrido su camino, pero está involucrada en la obra de la salvación de los hombres.

Participa de la oración incesante del Hijo por los que aún no hemos completado la salvación; y lo hace hasta que se complete la Comunión de los Santos (la madre no está tranquila

hasta que todos los hijos están en casa). Y desde el silencio de la Trinidad ejerce su vocación de madre hasta que se forme definitivamente la comunión de los santos en el cielo.

<sup>1</sup> Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva –porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya. <sup>2</sup> Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo. <sup>3</sup> Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: «Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él, Dios-con-ellos, será su Dios. <sup>4</sup> Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado.» (Ap 21, 1-4)

María tiene una cooperación activa. Nosotros también estamos llamados a vivir en nuestra vida personal, comunitaria y familiar esta doble vocación de María. Estamos llamados a dejarnos insertar en el seno de la Santísima Trinidad (*misión doxológica*), dejándonos divinizar progresivamente por las divinas personas. Por la mística de la oración. Hemos de ser contemplativos en medio del mundo.

Y colaborar en la salvación (*misión soteriológica*) y santificación del mundo.

En la encíclica *Ecclesia de Eucaristía*, el capítulo 6 está dedicado a María

### **EN LA ESCUELA DE MARÍA, MUJER «EUCARÍSTICA»**

53. Si queremos descubrir en toda su riqueza la relación íntima que une Iglesia y Eucaristía, no podemos olvidar a María, Madre y modelo de la Iglesia. En la Carta apostólica [Rosarium Virginis Mariae](#), presentando a la Santísima Virgen como Maestra en la contemplación del rostro de Cristo, he incluido entre los misterios de la luz también la institución de la Eucaristía. Efectivamente, María puede guiarnos hacia este Santísimo Sacramento porque tiene una relación profunda con él.

A primera vista, el Evangelio no habla de este tema. En el relato de la institución, la tarde del Jueves Santo, no se menciona a María. Se sabe, sin embargo, que estaba junto con los Apóstoles, «concordes en la oración» (cf. Hch 1, 14), en la primera comunidad reunida después de la Ascensión en espera de Pentecostés. Esta presencia suya no pudo faltar ciertamente en las celebraciones eucarísticas de los fieles de la primera generación cristiana, asiduos «en la fracción del pan» (Hch 2, 42).

Pero, más allá de su participación en el Banquete eucarístico, la relación de María con la Eucaristía se puede delinear indirectamente a partir de su actitud interior. María es mujer «eucarística» con toda su vida. La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio.

54. *Mysterium fidei!* Puesto que la Eucaristía es misterio de fe, que supera de tal manera nuestro entendimiento que nos obliga al más puro abandono a la palabra de Dios, nadie como María puede ser apoyo y guía en una actitud como ésta. Repetir el gesto de Cristo en la Última Cena, en cumplimiento de su mandato: «¡Haced esto en conmemoración mía!», se convierte al mismo tiempo en aceptación de la invitación de María a obedecerle sin titubeos: «Haced lo que él os diga» (Jn 2, 5). Con la solicitud materna que muestra en las bodas de Caná, María parece decirnos: «no dudéis, fiaros de la Palabra de mi Hijo. Él, que fue capaz de transformar el agua en vino, es igualmente capaz de hacer del pan y del vino su cuerpo y su sangre, entregando a los creyentes en este misterio la memoria viva de su Pascua, para hacerse así “pan de vida”».

55. En cierto sentido, María ha practicado su fe eucarística antes incluso de que ésta fuera instituida, por el hecho mismo de haber ofrecido su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios. La Eucaristía, mientras remite a la pasión y la resurrección, está al mismo tiempo en continuidad con la Encarnación. María concibió en la anunciación al Hijo divino, incluso en la realidad física de su cuerpo y su sangre, anticipando en sí lo que en cierta medida se realiza sacramentalmente en todo creyente que recibe, en las especies del pan y del vino, el cuerpo y la sangre del Señor.

*Hay, pues, una analogía profunda entre el fiat pronunciado por María a las palabras del Ángel y el amén que cada fiel pronuncia cuando recibe el cuerpo del Señor. A María se le pidió creer que quien concibió «por obra del Espíritu Santo» era el «Hijo de Dios» (cf. Lc 1, 30.35). En continuidad con la fe de la Virgen, en el Misterio eucarístico se nos pide creer que el mismo Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, se hace presente con todo su ser humano-divino en las especies del pan y del vino.*

*«Feliz la que ha creído» (Lc 1, 45): María ha anticipado también en el misterio de la Encarnación la fe eucarística de la Iglesia. Cuando, en la Visitación, lleva en su seno el Verbo hecho carne, se convierte de algún modo en «tabernáculo» —el primer «tabernáculo» de la historia— donde el Hijo de Dios, todavía invisible a los ojos de los hombres, se ofrece a la adoración de Isabel, como «irradiando» su luz a través de los ojos y la voz de María. Y la mirada embelesada de María al contemplar el rostro de Cristo recién nacido y al estrecharlo en sus brazos, ¿no es acaso el inigualable modelo de amor en el que ha de inspirarse cada comunión eucarística?*

*56. María, con toda su vida junto a Cristo y no solamente en el Calvario, hizo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía. Cuando llevó al niño Jesús al templo de Jerusalén «para presentarle al Señor» (Lc 2, 22), oyó anunciar al anciano Simeón que aquel niño sería «señal de contradicción» y también que una «espada» traspasaría su propia alma (cf. Lc 2, 34.35). Se preanunciaba así el drama del Hijo crucificado y, en cierto modo, se prefiguraba el «stabat Mater» de la Virgen al pie de la Cruz. Preparándose día a día para el Calvario, María vive una especie de «Eucaristía anticipada» se podría decir, una «comunión espiritual» de deseo y ofrecimiento, que culminará en la unión con el Hijo en la pasión y se manifestará después, en el período postpascual, en su participación en la celebración eucarística, presidida por los Apóstoles, como «memorial» de la pasión.*

*¿Cómo imaginar los sentimientos de María al escuchar de la boca de Pedro, Juan, Santiago y los otros Apóstoles, las palabras de la Última Cena: «Este es mi cuerpo que es entregado por vosotros» (Lc 22, 19)? Aquel cuerpo entregado como sacrificio y presente en los signos sacramentales, ¿era el mismo cuerpo concebido en su seno! Recibir la Eucaristía debía significar para María como si acogiera de nuevo en su seno el corazón que había latido al unísono con el suyo y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la Cruz.*

*57. «Haced esto en recuerdo mío» (Lc 22, 19). En el «memorial» del Calvario está presente todo lo que Cristo ha llevado a cabo en su pasión y muerte. Por tanto, no falta lo que Cristo ha realizado también con su Madre para beneficio nuestro. En efecto, le confía al discípulo predilecto y, en él, le entrega a cada uno de nosotros: «¡He aquí a tu hijo!». Igualmente dice también a todos nosotros: «¡He aquí a tu madre!» (cf. Jn 19, 26.27).*

*Vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo implica también recibir continuamente este don. Significa tomar con nosotros —a ejemplo de Juan— a quien una vez nos fue entregada como Madre. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de su Madre y dejándonos acompañar por ella. María está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas. Así como Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía. Por eso, el recuerdo de María en la celebración eucarística es unánime, ya desde la antigüedad, en las Iglesias de Oriente y Occidente.*

*58. En la Eucaristía, la Iglesia se une plenamente a Cristo y a su sacrificio, haciendo suyo el espíritu de María. Es una verdad que se puede profundizar relejendo el Magnificat en perspectiva eucarística. La Eucaristía, en efecto, como el canto de María, es ante todo alabanza y acción de gracias. Cuando María exclama «mi alma engrandece al Señor, mi espíritu exulta en Dios, mi Salvador», lleva a Jesús en su seno. Alaba al Padre «por» Jesús, pero también lo alaba «en» Jesús y «con» Jesús. Esto es precisamente la verdadera «actitud eucarística».*

*Al mismo tiempo, María rememora las maravillas que Dios ha hecho en la historia de la salvación, según la promesa hecha a nuestros padres (cf. Lc 1, 55), anunciando la que supera a todas ellas, la encarnación redentora. En el Magnificat, en fin, está presente la tensión escatológica de la Eucaristía. Cada vez que el Hijo de Dios se presenta bajo la «pobreza» de las especies sacramentales, pan y vino, se pone en el mundo el germen de la nueva historia, en la que se «derriba del trono a los poderosos» y se «enaltece a los humildes» (cf. Lc 1, 52). María canta el «cielo nuevo» y la «tierra nueva» que se anticipan en la Eucaristía y, en cierto sentido, deja entrever*

*su 'diseño' programático. Puesto que el Magnificat expresa la espiritualidad de María, nada nos ayuda a vivir mejor el Misterio eucarístico que esta espiritualidad. ¡La Eucaristía se nos ha dado para que nuestra vida sea, como la de María, toda ella un Magnificat!*

María es maestra en Eucaristía a partir de su actitud interior de fe. Es Eucarística por haber ofrecido su seno virginal para la Encarnación. El *fiat* de la Virgen, es el *amén* de la recepción de la comunión. En la Visitación se descubre como Tabernáculo. Ella es modelo de contemplación eucarística, contemplando a Cristo recién nacido, y en el Calvario, en la dimensión sacrificial de la Eucaristía: *Stabat Mater*, anunciado proféticamente por Simeón.

## 5 La Fe

11. *Descubre tu presencia,  
y máteme tu vista y hermosura;  
mira que la dolencia  
de amor, que no se cura  
sino con la presencia y la figura.*

12. *¡Oh cristalina fuente,  
si en esos tus semblantes plateados  
formases de repente  
los ojos deseados  
que tengo en mis entrañas dibujados!*

(SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*)

Ansía ver cara a cara a Dios. (Esto sí que es certísimo que nos va a pasar, otras cosas, como que nos toque la lotería, no sabemos si llegarán).

En tanto no llega este momento, vivimos en fe. Estamos en tiempo y camino de fe.

Hemos de vivir por la fe, que es un **don** de Dios.

Para dar una respuesta (que ha de ser diaria) a este don, es necesario que vayamos dando una respuesta con nuestros cinco sentidos y nuestras potencias del alma, es decir con nuestra entera personalidad.

La gracia es que el Espíritu Santo se nos ha adelantado y nos ayuda a fructificarla. La respuesta al don de la fe es una respuesta libre del hombre.

El depositar toda nuestra personalidad en la confianza en Dios, no es contrario a la libertad. Y es un acto humano.

Depositarse la confianza en los hombres es una tontería. Pero no así confiar en Dios.

Moisés es un modelo de hombre de fe.

Nosotros también vivimos de alguna manera la experiencia de éxodo de Moisés.

Moisés, tiene **experiencia de que ha sido salvado**. Su nombre significa 'salvado de las aguas'. (Ex 2)

Así, hemos de tener esa experiencia de que hemos sido salvados. De que nos ha levantado del polvo, de la basura en la que vivíamos.

Moisés **recibe una llamada personal**. Dios le llama por su nombre.

<sup>4</sup> *Cuando Yahvé vio que Moisés se acercaba para mirar, le llamó de en medio de la zarza: «¡Moisés, Moisés!» Él respondió: «Heme aquí.» (Ex 3, 4)*

Esta respuesta de Moisés, nos recuerda el *fiat* de la Virgen. E inmediatamente es introducido en la intimidad

<sup>6</sup> *Y añadió: «Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.» Moisés se cubrió el rostro, porque temía ver a Dios. (Ex 3, 6)*

y le hace protagonista de su plan:

<sup>10</sup> *Ahora, pues, ve: yo te envío al faraón para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto. (Ex 3, 10)*

A partir de aquí, Moisés no se engríe, sino que tiene conciencia de su insuficiencia:

<sup>11</sup> *Moisés dijo a Dios: «¿Quién soy yo para ir al faraón y sacar de Egipto a los israelitas?» (Ex 3, 11)*

La fe precisa humildad.

Pero todo será posible por la estrecha unión. Todo se salva.

<sup>12</sup> *Dios le respondió: «Yo estaré contigo y ésta será la señal de que yo te envío: Cuando hayas sacado al pueblo de Egipto daréis culto a Dios en este monte.» (Ex 3, 12)*

Esta relación entre el que envía (Yahvé), y el enviado, es una relación de pura fe.

Sin embargo, Moisés ofrece una cierta resistencia inicial. Porque no se siente idóneo.

<sup>13</sup> *Él replicó: «¡Por favor, Señor! Envía a quien quieras.» (Ex 4, 13)*

No porque sea un pasota, sino porque se siente poca cosa. No idóneo. Y porque sabe que sus hermanos, los israelitas, no le van a creer.

<sup>1</sup> *Moisés respondió: «Mira que no me creerán ni me harán caso, pues dirán: `No se te ha aparecido Yahvé.'» (Ex 4, 1)*

Pero Moisés, **por fe**, responde. Accede a la misión. Va a Egipto. Deja la tranquilidad del cuidado de los rebaños. Y habrá dificultades. En el capítulo 7 se advierte que llegan las dificultades.

<sup>3</sup> *Yo endureceré el corazón del faraón, y multiplicaré mis signos y prodigios en el país de Egipto.<sup>4</sup> El faraón no os hará caso, pero yo pondré mi mano sobre Egipto y sacaré del país de Egipto a mis legiones, mi pueblo, los israelitas, con juicios solemnes.<sup>5</sup> Y los egipcios reconocerán que yo soy Yahvé, cuando extienda mi mano sobre Egipto y saque a los israelitas de en medio de ellos.» (Ex 5, 3-5)*

Se ve que las dificultades están previstas por Dios. Las dificultades en los planes de Dios tienen su sentido. Porque en las dificultades se reconocerá quién es Dios.

Todo está previsto, y tiene su sentido.

Moisés lo vive con una fe inmovible: delante de los enemigos de fuera (egipcios), y de los de dentro (israelitas).

¿Qué hace que tenga esta fe? Que es hombre de Dios. Tiene sentido de Dios. Se encuentra con Él. Y se dicen cosas el uno al otro.

<sup>19</sup> *El sonar de la trompeta se hacía cada vez más fuerte; Moisés hablaba y Dios le respondía con el trueno. (Ex 19, 19)*

<sup>11</sup> *Yahvé hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo. (Ex 33, 11)*

Moisés **es el hombre contemplativo**: por eso tiene el rostro resplandeciente.

<sup>29</sup> *Luego, Moisés bajó del monte Sinaí con las dos tablas del Testimonio en su mano. Al bajar, no sabía que la piel de su rostro se había vuelto radiante, por haber hablado con Yahvé. (Ex 34, 29)*

<sup>32</sup> *A continuación, se acercaron todos los israelitas y él les transmitió cuanto Yahvé le había dicho en el monte Sinaí.<sup>33</sup> Cuando Moisés acabó de hablar con ellos, se puso un velo sobre el rostro. (Ex 34, 32-33)*

Habla, escucha, y contempla.

El activismo daña la fe.

Moisés **es el hombre de las alturas**: sube a las cimas, a las alturas. Es el que sube y tiene en la montaña el trato con Dios (en la Biblia el monte es el lugar de la presencia de Dios).

<sup>28</sup> *Moisés estuvo allí con Yahvé cuarenta días y cuarenta noches, sin comer pan ni beber agua. Y escribió en las tablas las palabras de la alianza, las diez palabras. (Ex 34, 28)*



Luego baja y lleva su experiencia de intimidad al pueblo. Tenemos que ser águilas, como San Juan de la Cruz: *'volé tan alto tan alto, que a la caza di alcance'*.

Y luego bajar a servir: hacerse todo con todos. Humildemente. Ofrecer los dones que Dios nos ha dado, sin imponerlos.

Moisés está siempre atento a la iniciativa divina. Colgado de Dios, de su voluntad.

Moisés es un hombre de fe en un pueblo que no la tiene.

*<sup>13</sup> Moisés respondió al pueblo: «No temáis; estad firmes, y veréis la salvación que Yahvé os otorgará en este día, pues los egipcios que ahora veis, no los volveréis a ver nunca jamás. (Ex 14, 11)»*

El pueblo no cuenta con la participación de Dios, pero Moisés sí. (Cf. Hb 11, 27) "descansa tus preocupaciones en el Señor, que Él te sustentará"

**Da a conocer la voluntad de Dios** y lo hace con autoridad. Porque está unido a Dios.

Dios está en su boca, porque está en su corazón. Está en sintonía con Dios.

Solo es autoridad el que da la vida. El que es *autor*. El que no da la vida no es autoridad. En todo caso será potestad. Dios es amor y da vida -> Ese es el fundamento de la autoridad.

Moisés **es intercesor a favor del pueblo**. Y con un pueblo que era para ponerse de los nervios...

*<sup>7</sup> Yahvé dijo a Moisés: «¡Anda, baja! Porque se ha pervertido tu pueblo, el que sacaste del país de Egipto. <sup>8</sup> Bien pronto se han apartado del camino que yo les había prescrito. Se han hecho un becerro fundido y se han postrado ante él; le han ofrecido sacrificios y han dicho: 'Éste es tu Dios, Israel, el que te ha sacado del país de Egipto.'» <sup>9</sup> Y añadió Yahvé a Moisés: «Ya veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. <sup>10</sup> Déjame ahora que se encienda mi ira contra ellos y los devore; de ti, en cambio, haré un gran pueblo.»*

*<sup>11</sup> Pero Moisés trató de aplacar a Yahvé su Dios, diciendo: «¿Por qué, oh Yahvé, ha de encenderse tu ira contra tu pueblo, el que tú sacaste del país de Egipto con gran poder y mano fuerte? <sup>12</sup> ¿Por qué han de decir los egipcios: Los sacó con mala intención, para matarlos en las montañas y exterminarlos de la superficie de la tierra? Abandona el ardor de tu cólera y arrepíentete de la amenaza contra tu pueblo. <sup>13</sup> Acuérdate de Abrahán, de Isaac y de Israel, tus siervos, a quienes por ti mismo juraste: Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo; y toda esta tierra, de la que os he hablado, se la daré a vuestros descendientes, que la heredarán para siempre.» <sup>14</sup> Y Yahvé renunció a lanzar el mal con que había amenazado a su pueblo. (Ex 32, 7-14)»*

Moisés reconoce que han pecado, pero apela a la gloria de Dios para que les perdone. Y apela a lo que ha hecho por su pueblo. Y a la promesa que hizo de salvarlo. (Cf Dt 32, 48-52; Ex 17, 155)

*<sup>19</sup> Se hicieron un becerro en Horeb,  
ante una imagen fundida se postraron,  
<sup>20</sup> y fueron a cambiar su gloria  
por la imagen de un buey que come hierba.*

*<sup>21</sup> Olvidaron a Dios, su salvador,  
al autor de hazañas en Egipto,  
<sup>22</sup> de prodigios en tierra de Cam,  
de portentos en el mar de Suf.*

*<sup>23</sup> Dispuesto estaba a exterminarlos,  
si no es porque Moisés, su elegido,  
se mantuvo en la brecha frente a él,  
para apartar su furor destructor. (Sal 106, 19-23)*

Moisés se mantuvo en la brecha. Donde hay brechas (pecado de idolatría), se pone Moisés.

En la lucha frente a Satanás y los faraones, intercede mediante la oración y la penitencia.

<sup>30</sup> He buscado entre ellos alguno que construyera un muro y se mantuviera de pie en la brecha ante mí, para proteger la tierra e impedir que yo la destruyera, y no he encontrado a nadie. (Ez 22, 30)

De todas maneras, Moisés flaqueó en una ocasión:

<sup>1</sup> Toda la comunidad de los israelitas partió por etapas del desierto de Sin, según la orden de Yahvé, y acampó en Refidín, donde el pueblo no encontró agua para beber. <sup>2</sup> El pueblo disputó con Moisés y dijo: «Danos agua para beber.» Moisés les respondió: «¿Por qué disputáis conmigo? ¿Por qué tentáis a Yahvé?» <sup>3</sup> Pero el pueblo, sediento, murmuraba de Moisés: «¿Por qué nos has sacado de Egipto para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestros ganados?» <sup>4</sup> Entonces Moisés clamó a Yahvé y dijo: «¿Qué puedo hacer con este pueblo? Por poco me apedrean.» <sup>5</sup> Yahvé respondió a Moisés: «Pasa delante del pueblo, toma contigo algunos de los ancianos de Israel; lleva también en tu mano el cayado con que golpeaste el Río y vete. <sup>6</sup> Yo estaré allí ante ti, junto a la roca del Horeb; golpea la roca y saldrá agua para que beba el pueblo.» Moisés lo hizo así a la vista de los ancianos de Israel. <sup>7</sup> Y llamó a aquel lugar Masá y Meribá, a causa de la disputa de los israelitas, y por haber tentado a Yahvé, diciendo: «¿Está Yahvé entre nosotros o no?» (Ex 17, 1-7)

No se acuerdan los israelitas de las veces que Dios los ha salvado. Y aquí pilló también a Moisés.

El Señor se lo hará pagar

<sup>48</sup> Yahvé habló a Moisés aquel mismo día y le dijo: <sup>49</sup> «Sube a esa montaña de los Abarín, al monte Nebo que está en el país de Moab, frente a Jericó, y contempla la tierra de Canaán que yo doy en propiedad a los israelitas. <sup>50</sup> En el monte al que vas a subir morirás, e irás a reunirte con los tuyos, como tu hermano Aarón murió en el monte Hor y fue a reunirse con los suyos. <sup>51</sup> Por haberme sido infieles en medio de los israelitas, en las aguas de Meribá de Cades, en el desierto de Sin, por no haber reconocido mi santidad en medio de los israelitas, <sup>52</sup> por eso, sólo de lejos verás la tierra, pero no entrarás en ella, en esa tierra que yo doy a los israelitas.» (Dt 32, 48-52)

Hay que examinarse de la fe **a la luz de Dios** (No una introspección morbosa).

¿Cuáles son mis relaciones personales con las tres divinas personas?

¿Cuál es la calidad de esta relación?

¿Qué debo poner en mi vida? ¿Qué debo quitar? (Para que estas relaciones con la Trinidad sean de mejor calidad).

¿Cómo vivo mi contacto con Cristo en el Evangelio?

¿Cuál es el secreto de Jesús, siempre colgado de su Padre, unido al Espíritu Santo?

¿Cómo vivo mi contacto con Cristo en la Eucaristía? Porque la Eucaristía es entrar en *unión con*.

¿Qué grado de conciencia tengo de que la fe si no se ejercita, se atrofia?

¿Tengo conciencia de que hay momentos imperiosos en mi vida en que habrá que ejercitar la fe oscura, ciega?

Cualquier medio que yo ponga debe estar subordinado a la salvaguarda de la fe.

¿Me apoyo en la constatación de los frutos?

¿Me entristezco si tardan los frutos y los demonios no se me someten?

Si es así, entonces mi fe es de poca calidad.

¿Cuál es mi oración de intercesión, de expiación, de penitencia?

*La Biblia habla claramente. Según el arzobispo vietnamita «esta fue la gran experiencia de los patriarcas, de los profetas, de los primeros cristianos, evocada en el capítulo 11 de la Carta a los Hebreos en la que aparece en 18 ocasiones la expresión "por la fe" y una vez la expresión "con la fe"». Esta es también la clave de lectura que permite comprender la vida de tantos hombres y mujeres que en estos dos mil años de cristianismo han dado su vida hasta el martirio. Entre todos*

*estos ejemplos, destacó el de María, mujer «que optó por Dios, abandonando sus proyectos, sin comprender plenamente el misterio que estaba teniendo lugar en su cuerpo y en su destino» (De la entrevista al Obispo Van Thuân)*

## 6 La Esperanza cristiana

Poesía atribuida a San Juan de la Cruz, según María de la Cruz Machurca.

*Oh, si mi bajo vuelo tal fuese  
que mil llamas levantase  
siquiera hasta el cielo,  
y allí las presentase  
delante de mi Dios  
y Él las mirase.*

Esperanza de cielo: *tanto alcanzas cuanto esperas.* (San Juan de la Cruz)

Nuestro vuelo puede ser bajo pero con las llamas de la esperanza ciertamente podremos llegar hasta el cielo.

<sup>1</sup> Después de esto, se manifestó Jesús otra vez a los discípulos a orillas del mar de Tiberíades. Se manifestó de esta manera. <sup>2</sup> Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los de Zebedeo y otros dos de sus discípulos. <sup>3</sup> Simón Pedro les dice: «Voy a pescar.» Le contestan ellos: «También nosotros vamos contigo.» Fueron y subieron a la barca, pero aquella noche no pescaron nada.

<sup>4</sup> Cuando ya amaneció, estaba Jesús en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. <sup>5</sup> Díceles Jesús: «Muchachos, ¿no tenéis nada que comer?» Le contestaron: «No.» <sup>6</sup> Él les dijo: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.» La echaron, pues, y ya no podían arrastrarla por la abundancia de peces. <sup>7</sup> El discípulo a quien Jesús amaba dice entonces a Pedro: «Es el Señor». Cuando Simón Pedro oyó «es el Señor», se puso el vestido –pues estaba desnudo– y se lanzó al mar. <sup>8</sup> Los demás discípulos vinieron en la barca, arrastrando la red con los peces; pues no distaban mucho de tierra, sino unos doscientos codos.

<sup>9</sup> Nada más saltar a tierra, ven preparadas unas brasas y un pez sobre ellas y pan. <sup>10</sup> Díceles Jesús: «Traed algunos de los peces que acabáis de pescar.» <sup>11</sup> Subió Simón Pedro y sacó la red a tierra, llena de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y, aun siendo tantos, no se rompió la red. <sup>12</sup> Jesús les dice: «Venid y comed.» Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: «¿Quién eres tú?», sabiendo que era el Señor. <sup>13</sup> Viene entonces Jesús, toma el pan y se lo da; y de igual modo el pez. <sup>14</sup> Esta fue ya la tercera vez que Jesús se manifestó a los discípulos después de resucitar de entre los muertos. (Jn 21, 1-14)

Se aparece Jesús a orillas del lago.

Es el momento del cansancio de los buenos. De la decepción como tentación contra la esperanza. Nos puede pasar que veamos que hemos llegado poco arriba. Y que el trozo que falta es inalcanzable. Pues la esperanza es no defraudarse, no cansarse y seguir. Si no llegamos a las cumbres, al menos llegaremos a terreno mesetario. Estamos talluditos: y vemos que no hemos logrado lo que nos habíamos propuesto; la esperanza es no decepcionarse, no cansarse,... y seguir.

Y al final llegaremos a dar a la caza alcance.

Los apóstoles han perdido la esperanza. No están los once. Están decepcionados. Habían puesto su corazón, pero...

Y tienen nostalgia de la vida pasada: se van a pescar.

Primero Pedro. Luego los demás.

Trabajan pero no pescan nada, en aquella noche.

La fe nos dice que detrás de cada noche, está Jesús. En cada noche, está Jesús.

Si llegamos será porque Dios quiere.

En la noche del pecado, o de las dificultades, o en las noches purificativas. En cada noche está Jesús (Jn 21, 4).

<sup>4</sup> *Cuando ya amaneció, estaba Jesús en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús.*

Como estaban cansados y amargados porque no habían obtenido fruto, no le reconocieron. Como los de Emaús. Se vuelven al pueblo. A lo de antes. Tristes.

La tristeza puede ser una alerta de la falta de esperanza.

Jesús intenta hablar con ellos. Toma la iniciativa. Se hace el hambriento ¿no tenéis nada que comer?

Les quiere recuperar. Y ellos le contestan secamente: "no". Están desanimados, no tienen ganas de hablar. Jesús, atrevido, les dice: "echad la red al otro lado de la barca...". Pero ellos son dóciles al plan de Jesús. Con olvido propio. A esta sugerencia fueron dóciles.

Gracias a esta humillación de no tener frutos se hacen dóciles. Se fían. Se confían. Y viene la pesca. Y la fecundidad. Y Juan, el corazón virginal, es el primero en reconocerlo. Y Pedro, por su amor, se lanza en pos de Jesús. Se lanzó al mar. El mar, que es en la Biblia el lugar inseguro, inestable, desconocido. Donde está el mal. Pero Pedro no teme nada. Salta al agua en una actitud poco razonable en la lógica humana. Juan, el contemplativo, virginal, le reconoce. Pedro, lleno de amor es el intrépido.

Jesús manifiesta una gran delicadeza. Les prepara algo de comer, para que recuperen la esperanza. Jesús les prepara la comida mientras espera. Les pide que traigan peces de los que 'ellos' han pescado. Les atribuye la pesca a ellos.

Hace lo suyo: dar. Lo mío, apóstol, es recibir. Eso es la Eucaristía.

El que se presenta como hambriento, les da el pan de vida. Para que recobren la esperanza. Y después vendrá la declaración de amor de Pedro.

En clave de amor de Dios, como Pedro:

- Caer en la cuenta de que yo soy pecador.
- No acomplejarme, no desanimarme nunca.
- Tener conciencia del amor de Dios

Redescubren el amor de Dios. Lo reciben o se disponen a recibirlo. Este ha de ser nuestro itinerario. Juntos, en clave de familia. No estaban solos y desperdigados.

Si en el vuelo puede faltarme algo, el amor me dará altura.

El obispo Van Thuân:

#### *Esperar hoy*

*La conciencia de la fragilidad del hombre y sobre todo del amor de Dios constituyen las grandes garantías de la esperanza. Van Thuân reconoce que «todo el Antiguo Testamento está orientado a la esperanza: Dios viene a restaurar su Reino, Dios viene a restablecer la Alianza, Dios viene para construir un nuevo pueblo, para construir una nueva Jerusalén, para edificar un nuevo templo, para recrear el mundo. Con la encarnación, llegó este Reino. Pero Jesús nos dice que este Reino crece lentamente, a escondidas, como el grano de mostaza... Entre la plenitud y el final de los tiempos, la Iglesia está en camino como pueblo de la Esperanza».*

*«Hoy día, la esperanza es quizá el desafío más grande —concluyó el predicador vietnamita— Charles Péguy decía: "La fe que más me gusta es la esperanza". Sí, porque, en la esperanza, la fe que obra a través de la caridad abre caminos nuevos en el corazón de los hombres, tiende a la realización del nuevo mundo, de la civilización del amor, que no es otra cosa que llevar al mundo la vida divina de la Trinidad, en su manera de ser y obrar, tal y como se ha manifestado en Cristo y transmitido en el Evangelio. Esta es nuestra vocación. Hoy, al igual que en los tiempos del Antiguo y*

*del Nuevo Testamento, actúa en los pobres de espíritu, en los humildes, en los pecadores que se convierten a él con todo el corazón»*

¿Me amas? Sí, Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes que te amo. A pesar de mis pecados.

¡Salve Reina y Madre!